

LIBRO PRIMERO.

El asesinato del 13 de febrero era un crimen aislado?—Razones que pueden hacer admitir esta opinion.—Razones que pueden hacerla desechar.—M. Decazes se coloca en la primera opinion.—Caida de M. Decazes.—Su política habia podido contribuir moralmente á esta catástrofe.—Giro de las opiniones.—Indignacion y dolor públicos.—Sentimiento de la duquesa de Berry.—Deja el Eliseo.—Su firmeza.—Palabra dirigida por ella á un eclesiástico.—Ceremonias funerales.—La basilica de San Dionisio.—Oracion fúnebre, pronunciada por M. de Queleu.—La cofradia de los carboneros en San Dionisio.—Carta del duque de Levis.—Respuesta que recibe de la duquesa de Berry.

Un gran crimen acababa de cometerse, este crimen tenia relacion con la situacion general? Era el acto frenético de un furor aislado? Dificil es admitir enteramente la segunda hipótesi, y la justicia del pais no pudo lograr el llevar la primera hasta la evidencia, mostrando detrás del puñal de Louvel, una conspiracion política. Las respuestas del asesino fueron arrogantes y frias, descubriendo aquella obstinacion del crimen, que las almas malvadas equivocan con la energía de la virtud. El odio á la autoridad real y á la religion: tales fueron los dos sentimientos que brillaron en sus respuestas. Pronto á parecer delante de Dios, exclamó: «Dios no es mas que una palabral» Cuando se le preguntó por qué habia herido con preferencia al duque de Berry, «He muerto, dijo, el príncipe mas jóven de la familia, porque parecia destinado á perpetuar la raza de los Borbones.» Reusó nombrar á sus cómplices, y conti-

BIBLIOTECA ALFONSIANA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

del proceso, no le habia seguido hasta el suplicio. Sentado en el fatal carro, él paseaba sus miradas sobre la multitud con una inquietud visible, como si esperase una señal que no llegaba. Cuando habia visto que no estallaba el movimiento con que contaba, le habia abandonado toda su firmeza; no pudo subir al cadalso por su pié, y habia perdido el conocimiento antes de cesar de existir.

En medio de estas dos opiniones contradictorias, á cual era á la que mas se aproximaba la verdad? Esto es lo que la historia no puede decir de una manera positiva, pero el buen sentido basta para indicarlo.

Es sin duda imposible de creer, que un partido político haya aceptado la mancomunidad del crimen del 13 de febrero. En nuestro tiempo, y en nuestro pais sobre todo, los partidos empuñan la espada, y no el puñal; combaten, pero no asesinan. Mas esto no debe impedir el indagar qué relaciones existian entre la situacion general de los espíritus, y la puñalada del 13 de febrero. Semejantes excesos no se cometen jamás sino por hombres especiales, de una naturaleza escepcional organizada para el crimen; pero hay leyes generales que dominan estas atrocidades particulares: estas horribles escepciones llevan sin embargo en la frente el sello de su época. Se hacen revoluciones en el reino del crimen, que corresponden á las que tienen lugar en las ideas de las sociedades, y el hombre, esta frágil caña, cede tambien á las tempestades que reinan, y se dobla en el sentido en que ellas le dirigen, cuando se encorba para mojar-se en la sangre.

Es imposible dirigir la vista á los acontecimientos que acompañaron y siguieron á el 13 de febrero, sin advertir que este delito aislado se relacionaba con la situacion general. En el esterior la revolucion levan-

ta la cabeza en Nápoles y en Madrid; en el interior los movimientos y las conspiraciones se suceden con una terrible continuacion. El ejército está trabajado por una oculta fermentacion; la juventud se agita, movida por manos desconocidas. La insurreccion entra en la misma esfera constitucional: un colegio electoral envia un regicida á la cámara. Todos estos hechos coinciden con el crimen de Louvel, y son como su prefacio ó su comentario.

Sin duda los que así obraban no eran los cómplices del asesino del 13 de febrero. Pero, quién dirá, no obstante, que este fanatismo solitario no haya venido á encenderse en el foco de tantas pasiones inflamadas, antes de concluir en el crimen? Quién dirá que Louvel no haya respirado, por decirlo así, en la atmósfera pública, el germen de su atentado?

M. Decazes, habia, como se ha visto, por un sistema imprudente, hecho poderosa á la revolucion débil que estaba. Al mismo tiempo, chocando con los realistas, y dándoles el espectáculo inaudito del triunfo de los adversarios de la casa de Borbon, bajo el reynado del gefe de esta casa, el ministro habia escitado una profunda indignacion en las filas de la derecha. La derecha, arrojada de la esfera de la accion, se vengaba por medio de la palabra. La inexorable justicia de sus recuerdos agobiaba á sus antagonistas. De forma que, los odios, en lugar de dulcificarse, se irritaban cada dia mas; la pasion se cambiaba en furor, la irritacion se hacia mas y mas profunda, y la oposicion llegaba al extremo. En estas circunstancias, aquel pensamiento de hostilidad contra la casa de Borbon, que, en un colegio electoral habia designado á la eleccion un regicida, que fomentaba á la vez conmociones en las plazas públicas, y conspiraciones en los cuarteles, llegando á encon-

V. A. N. L.

BIBLIOTECA IMPERIAL
CITILLA ALFONSIANA

trar una de aquellas almas atroces que se alimentan de sangre, se transformó en asesinato.

Este fué el término del poder de M. Decazes. La muerte del duque de Berry se hizo la señal de un movimiento inmenso de opinion. El dolor público fué grande y sincero. Hay en Francia un sentimiento, el sentimiento de reprobacion hácia el crimen, que no se desmiente jamás. Por otra parte, cada uno principiaba á inquietarse por las agitaciones de que este asesinato podia ser causa. Los intereses sentian conmovirse el suelo bajo sus pasos, y pedian que se tomasen medidas vigorosas para afirmarles. Las ideas revolucionarias llevaron el peso de la complicitad moral del 13 de febrero. De todas partes se levantó contra ellas un largo grito de indignacion. Las cámaras, los tribunales, todas las corporaciones, las ciudades, las aldeas hacian llegar su dolor á los pies del trono. La popularidad de la casa de Borbon se habia remojado en la sangre en que se habia querido anegar su poder.

En tanto que la Francia hacia oír este largo gemido, que las inquietudes privadas se mezclaban al dolor público, habia otro duelo mas inconsolable aun; el de la familia real. La desesperacion de la Duquesa de Berry, sobre todo, desechó largo tiempo toda especie de alivio. Aquella alma viva y franca, que dejaba transpirar todos sus sentimientos al exterior, espresaba su dolor con la misma energía que todos los demás. Ella cortó sus largos cabellos, por los cuales su esposo moribundo pasaba aun su mano cerca de sus últimos momentos, y se envolvió en su luto para llorar sus tiernas esperanzas destruidas, y aquel largo porvenir que veia delante de sí, cerrado súbitamente por la mano de la muerte. El Eliseo, donde habia gozado instantes tan felices, le era ya

una mansion dolorosa. Sus pasadas alegrías hacian aun mas penoso su aislamiento actual. Poco tiempo despues de la muerte del duque de Berry fué á establecerse en las Tullerías, en el pabellon Marsan, en las habitaciones inmediatas á las de *Monsieur*.

Sin embargo, en medio de su dolor la Duquesa de Berry desplegaba una firmeza de carácter, que nadie habia imaginado en ella antes del día 13 de febrero. Parecia que su valor experimentado por los padecimientos de aquella fatal noche, desafiase ahora todos los peligros. Hasta entonces no habia tenido ocasion de mostrar sino las felices cualidades de su espíritu lleno de ingenuidad, y las dulces virtudes de un corazon inclinado á todos los actos de bondad y de beneficencia. Pero en aquella noche funesta se habia visto que aquella graciosa cabeza, que no parecia hecha sino para llevar coronas de flores, no se habia doblado bajo el peso de una situacion tan terrible. La jóven habia desaparecido para hacer lugar á la princesa, y se admiró el gran corazon que animaba aquel cuerpo tan frágil, en medio de tan espantosas escenas. Seis horas despues de la muerte del duque de Berry, su viuda decia á un santo sacerdote: «Se concluyó; mi sacrificio está consumado. A todo estoy pronta: he prometido tener valor, y le tendré.» Cumplió, en efecto, su palabra. Desde aquel momento su dolor fue vivo, pero firme y sin debilidad. Parecia conocer que estaba llamada á un gran destino, á cuyo nivel debia colocarse.

Entretanto las tristes ceremonias que señalan los funerales de los príncipes, se habian efectuado con una lúgubre solemnidad. El cuerpo de S. A. R. espuesto en el Louvre, como el de Enrique IV, habia sido visitado por toda la Francia, y se aproximaba el día indicado para las exequias. El 22 de febrero los

restos mortales del duque de Berry fueron transferidos á san Dionisio, en medio de las lágrimas universales. En el fúnebre acompañamiento se vió marchar á los pobres que tanto habian perdido con la muerte del que aliviaba sus padecimientos, y se observó la cofradía de los carboneros rindiendo el último homenaje á la memoria del príncipe, que poco tiempo antes habia salvado á uno de sus compañeros.

El rey habia señalado el 14 de marzo para el oficio solemne. Todas las pompas de la muerte fueron desplegadas por aquel que, durante su vida, habia sido la esperanza de su estirpe. Luis XVIII habia querido que ninguna magnificencia faltase á aquella dolorosa ceremonia. Las artes (1) habian sido llamadas á entristecer aun mas la espresion del dolor. La basilica de san Dionisio entapizada de negro de alto á bajo, parecia un gigantesco sepulcro. Aquellos mi-

(1) Gracias á una actividad y esfuerzos sin ejemplo, los trabajos necesarios á la fúnebre solemnidad, fueron concluidos en la noche del 13 de marzo. He aqui la descripcion, en compendio, de la iglesia. La tapiceria de la portada estaba enriquecida con colgaduras á la antigua; en lo mas elevado de ella se veia un grupo de genios con las antorchas inclinadas, y sosteniendo el escudo del príncipe.

En la iglesia se habia interceptado cuidadosamente la luz: la totalidad del edificio estaba cubierta de colgaduras negras con fajas de arminio, entre las cuales se ostentaban las armas de S. A. R.

Para unir la tapiceria de la nave mayor y del coro, se habia suspendido de las bóvedas de la iglesia otra bóveda de madera de una construccion lijera y atrevida, sin ningun aparejo: los pilares del pequeño pórtico egipcio, formando una galeria circular entre el primero y segundo órden de arquitectura de las naves mayores, estaban enteramente cubiertos de negro: un ángel de plata del tamaño natural, estaba arrimado á cada pilar, y sobre él una girándula guardada de bugias.

liones de bugias, que dibujaban cordones de fuego sobre las negras colgaduras; aquel clero que oraba, todas las grandezas de la tierra inclinadas ante la magestad de la tumba, aquellas lúgubres armonías al través de las cuales se oian resonar profundos gemidos; y sobre todo, aquella familia real, que venia á depositar en las bóvedas de san Dionisio despobladas por la revolucion, uno de sus miembros prematuramente derribado: la memoria del crimen, los temores de lo presente, las incertidumbres del porvenir, aquella raza augusta bajo la cual se estremecia el trono, y á la que el furor de los hombres no habia dejado en posesion ni aun de la sepultura; todo esto era suficiente para esplicar la honda emocion que revelaba todos los semblantes y agitaba todos los corazones.

El rey se habia colocado en una tribuna casi en-

El catafalco, elevado en medio del coro, era de forma antigua, y estaba condecorado con las insignias del príncipe: un gran número de cirios ardian al rededor: un magnífico pabellon dominaba el catafalco, cuya coronacion tocaba á la bóveda, y sus ricas colgaduras descendian magestuosamente. A derecha é izquierda de la entrada del coro, se elevaban dos obeliscos de plata llenos de luces y coronados de una cruz: mas lejos se levantaban tambien dos columnas piramidales, igualmente iluminadas y sosteniendo dos urnas cinerarias. La intencion de los arquitectos fué recordar por estos dos monumentos la memoria de los dos hijos que el príncipe habia perdido poco despues de nacer. Dos órdenes de bugias en todo el contorno de la nave y del coro, infinidad de lámparas pendientes de las bóvedas, dos filas de candelabros en toda la longitud de la iglesia y una gran cruz transparente en el fondo del coro, completaban aquella pomposa iluminacion, en la que ardian mas de cuarenta mil lámparas, cirios y bugias.

Se habian construido varios órdenes de tribunas, y una graderia, toda entapizada de negro, en el claro de todos los arcos, y el mayor órden reinaba en estas distribuciones.

frente del catafalco, con S. A. R. *Madama* y la duquesa viuda de Orleans. El duque de Angulema presidia el duelo, acompañado de los duques de Orleans y de Borbon. M. de Quelen, coadjutor del arzobispo de París, fué el encargado de pronunciar la oración fúnebre, para la cual tomó por testo este pasaje de la Escritura. *Convertam, Israel, festivitates vestras in luctum, et júbila vestra in planetum.*

Concluido el oficio, los guardias de Corps de *Monsieur* levantaron silenciosamente el féretro y le llevaron á paso lento hácia la bóveda. Cuando pasaron delante de las tribunas, el rey y *Madama* duquesa de Angulema se arrodillaron. *Madama*, tan fuerte contra el dolor, sintió no obstante estrellarse su alma contra esta última prueba, y se vió obligada á retirarse. El rey inclinó su venerable cabeza, y se vieron las lágrimas que corrían de sus ojos.

La bóveda fué abierta en presencia de los grandes oficiales de la corona. El gran maestro de ceremonias de Francia, colocado á la entrada del sepulcro, llamó en voz alta á los oficiales de la casa del príncipe, que traían las insignias de S. A. R. Había llegado el momento. El duque de Angulema descendió el primero al fúnebre subterráneo; el féretro del duque de Berry le siguió, y un instante despues el duque de Angulema volvió á subir solo. Veinte y un cañonazos anunciaron este momento fatal.

Entonces el conde de Nantouillet presentándose á la entrada de las reales sepulturas, pronunció estas palabras dirigiéndose á los oficiales del príncipe: «*Monseigneur* el duque de Berry vuestro amo y el mio, ha muerto: oficiales, proveeos.» El rey de armas gritó en seguida por dos veces: «El muy alto y poderoso príncipe Carlos Fernando de Artois, duque de Berry, ha muerto: rogad á Dios por el descanso

de su alma.» Despues de esta palabra, se colocó la lápida tumular, y se separó la concurrencia.

Durante esta triste ceremonia, la duquesa de Berry habia quedado sola con su dolor. Sin embargo, bien pronto fué necesario hablarla de un objeto que tenia relacion con estos funerales. El corazon del señor duque de Berry habia sido provisionalmente depositado en san Dionisio por M. Bombelles, obispo de Amiens, antiguo compañero de las primeras campañas del príncipe, y que habia atravesado la gloria de las armas, y las habilidades de la diplomacia, antes de llegar á la santidad del sacerdocio. Hubo necesidad de consultar á la duquesa de Berry sobre las disposiciones que debian tomarse respecto de este precioso depósito. El duque de Levis encargado de esta dolorosa mision, dió asi cuenta, por medio de una carta, del estado de la princesa, y del resultado de su gestion: El dolor de S. A. la duquesa es profundo, pero sereno. Su resignacion, sostenida por la piedad y la fuerza de su carácter, no se turba con la memoria de crueles recuerdos. Yo he tenido últimamente la triste comision de preguntarla donde queria que se depositase el corazon del príncipe: He aqui su respuesta: «*Está resuelta mi intencion: voy á hacer construir en Rosny un edificio compuesto de un pabellon, y de dos alas: en la una se cuidará á los enfermos, en la otra se educarán los hijos de los pobres: el centro será una capilla en la que se rogará á Dios por mi marido.*»

No parecia que la princesa, asi rodeada, se hubiese colocado por sí misma entre las penas que la habia dejado el que ya no existia, y las esperanzas que le inspiraba el que no existia aun?

BIBLIOTECA IMPERIAL
ALFONSO XIII

LIBRO SEGUNDO.

La duquesa de Berry sale por primera vez de su habitacion el 20 de marzo.—La poblacion se agolpa á su paso.—Situacion de los espiritus.—Las pasiones politicas parecen apresurarse en el esterior como en el interior.—Revoluciones en Madrid, en Lisboa, en Nápoles.—Carácter de esta última revolucion.—Inquietudes de la princesa por su familia.—Estas inquietudes son participadas por el duque de Orleans.—Conspiracion en el interior.—1768, 93, 1800.—Turbulencias de las escuelas.—Turbulencias de la cámara.—Conjuracion militar del 19 de agosto.—El baron Monnier la descubre.—Clemencia del rey hácia los instigadores de estos complots.—Tentativas contra la duquesa de Berry.—Bouton y Gravier.—La confianza de S. A. R. no se desmiente un instante.—Su sueño.—Sus paseos sobre el terraplen á la orilla del agua.—Su respuesta á los consejos de prudencia.—Esperanzas de la Francia.—El rey Luis XVIII anuncia que el príncipe que nazca tomará el título de duque de Burdeos.—Diputacion de los mercados de aquella ciudad.—Madama Aniche.—El cántico de Juana d' Albret.—La cabeza de ajo de Bearne.—Por qué se cree en el nacimiento de un Enrique IV.

La duquesa de Berry habia permanecido por espacio de mas de un mes encerrada en su habitacion. Antes de parecer en público, era necesario que midiese sus fuerzas con su desgracia, y que se acostumbrase á aquellos vestidos de luto, que la recordaban la noche fatal. En fin, el 20 de marzo hizo S. A. R. su primera salida acompañada de *Mademoiselle* á quien llevaba en brazos una dama de servidumbre. Desde aquel momento el pueblo se agolpaba delante de las Tullerías cada vez que la princesa, ó *Mademoiselle* parecia sobre el terraplen de la orilla del agua: se-

guíanlas las aclamaciones, y la multitud manifestaba desear con un respetuoso enternecimiento, que los dolores de la viuda fuesen bien pronto dulcificados por las alegrías de la madre.

Entretanto se adelantaba su embarazo, y parecia que las pasiones inflamadas quisiesen aprovechar la incertidumbre que reinaba aun sobre su resultado, para decidir su cuestion en favor de la revolucion. Cada dia algun nuevo síntoma venia á probar que si el crimen del 13 de febrero era, como se habia dicho, materialmente aislado, se relacionaba moralmente con la situacion general. La revolucion jugaba su suerte no solamente en Francia, sino en toda la Europa. Ya hemos hablado de la rebelion militar de la isla de León: ella debia ser seguida, despues de una moderacion momentánea, de todos los escesos revolucionarios que, en Francia, señalaron el año de 1792 y prepararon el de 1793. La revolucion española, que no tenia de su parte las masas, parodiaba no obstante á su precesora del otro lado de los Pirineos, en el pequeño número de ciudades en que tenia accion sobre las poblaciones urbanas.

La revolucion portuguesa estalló bien poco despues de la española, y la duquesa de Berry recibia de Nápoles noticias que afligian en ella á la vez á la princesa y á la hija. Allí tambien era una insurreccion militar la que abria las puertas á la revolucion, y la constitucion española de 1812, completamente desconocida á los que la proclamaban, se hacia la bandera de un trastorno político. El general Pepé se habia puesto á la cabeza de los regimientos rebelados, y habia hecho su entrada triunfal en Nápoles. Nápoles, que hace fiestas de todos los acontecimientos, habia entremezclado las Lazaroni á aquella tropa militar. Aquella ciudad amante de los placeres, se co-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CALLE ALFONSO X
MADRID

locaba al lado del movimiento y del ruido, mas bien que al lado de una opinion política: era maravilloso ver desfilar aquella estraña comitiva que se componia de soldados y muchachos, de Lazaroni y de mozueltas, de aldeanos montados en asnos, y de algunos frailes, entre los cuales se veia al canónigo Minichini en traje eclesiástico, con anteojos y un gran sombrero redondo, y saludando á derecha é izquierda, como si hubiese sido el maestro de ceremonias de aquella revolucion, de la cual habia sido uno de los mas fogosos promovedores. Hubiérase dicho al respecto de aquella tropa matizada de personajes tan diversos, que era la anarquía viva, entrando en persona en su capital. Pero al través de aquellas grotescas apariencias, habia alguna cosa bastante seria para alarmar á la duquesa de Berry sobre la suerte de su familia. La secta de los carbonarios, cuya vasta organizacion abrazaba la Italia entera y se desbordaba al otro lado de los Alpes, era la base de este movimiento. Pepé y sus oficiales habian tomado la cucarda tricolor, que la revolucion habia adoptado sobre todos los puntos de Europa. De un momento á otro, la Italia entera podia ser un incendio. Además, cosa bien notable, los gefes de la junta insurreccional eran casi todos antiguos partidarios de Murat. Tales eran los generales Parisi y Pepé, M. Delfiro y el caballero Martucci. La usurpacion, que vive como buena vecina con la revolucion, podia mostrarse en su seguimiento.

Un correo del duque de Narbona, embajador entonces en la córte de las dos Sicilias, trajo la primera noticia de la revolucion napolitana. Traia cartas del rey, y del príncipe real, lugar-teniente general del reino, para S. M. Luis XVIII, para la duquesa de Berry, la duquesa de Orleans, y el prínci-

pe de Castelcicala. Los sucesos de Nápoles inquietaron vivamente el Palacio. Tantos lazos unian á los Borbones de las dos ramas! La duquesa de Berry fué dolorosamente conmovida, al saber que aquellos mismos principios que acababan de cortar el hilo á la existencia de su esposo, amenazaban el poder, y acaso la vida de su padre y de su abuelo. Respecto al duque de Orleans, se espresó con la mayor energía contra la revolucion de Nápoles: el aplicó al movimiento insurreccional y á los personajes que habian figurado como actores, las calificaciones mas severas, y fué uno de los mas decididos partidarios de una compresion pronta y vigorosa. El no podia concebir que los estados vecinos no interviniesen para restablecer los derechos del rey su suegro, despojado de su autoridad por un alboroto de plaza pública. El congreso de Troppau vino bien pronto á disipar las inquietudes de S. A. S. y la intervencion austriaca puso fin á las turbulencias de Italia.

El interior estaba turbado como el exterior. El partido sobre que M. Decazes se habia apoyado tan largo tiempo, veia que el movimiento de opinion determinado por la muerte del duque de Berry, iba á arrancarle los negocios. Escapándosele la accion constitucional, trataba de ejercer una accion extraparlamentaria. Apelaciones á la revolucion, apenas disfrazadas, descendian de la tribuna. M. de Lafayette desplegaba casi la bandera tricolor en discursos en que transpiraba su célebre máxima: «*La insurreccion es el mas santo de los deberes.*» Una conspiracion permanente con un objeto unico, la destruccion de la casa de Borbon, y subdividiéndose en muchos complots particulares luego que se trataba de decidir á quien pasaria el poder, se mostraba amenazando sobre todos los puntos y revestida de todas las formas. Bona-

partista en los cuarteles, popular cuando hablaba á los arrabales, predicando las doctrinas de soberanía parlamentaria en las cámaras, arrojando á la juventud, que proclamaba venerable por boca de M. Benjamin Constant, adulaciones incendiarias, ella proponía á la vez la democracia, el imperio, el príncipe de Orange, y reunía, digámoslo así, todos las fechas revolucionarias, 1792, 1800 y 1668, contra la gran fecha de Hugo Capeto, desde la cual la casa de Borbon cuenta ocho siglos de legitimidad.

Apoyábanse sus esperanzas principalmente en un movimiento militar que, en París, como en Madrid y Nápoles, debía transferir el poder á las manos del partido revolucionario. Habíanse practicado inteligencias en los regimientos; se había distribuido dinero con profusion; se habían prometido á los soldados gratificaciones, á los sargentos grados, eterno móvil de las revoluciones militares. La noche del 19 de agosto estaba señalada de una manera definitiva para la ejecucion de la trama. Un oficial superior debía tomar el mando de cada legion, cuyo coronel sería arrestado: Vincennes enarbolaría la bandera tricolor; los regimientos 2.º y 5.º de la guardia secundarian el movimiento. Un gobierno provisional se establecería inmediatamente, y tomaría en sus manos el poder; se respetarian las vidas de todos los miembros de la familia real, á menos que no hiciesen resistencia.

El baron Mounier, hombre de habilidad y de prudencia, director general entonces de la policia, descubrió el complot al consejo en la noche del 16 de agosto. La emocion del duque de Richelieu, que había sucedido á M. Decazes, fué indecible. Se deliberó largo tiempo sobre la cuestion de saber si se dejaría estallar la conjuracion, con el objeto de poder

distinguir, en fin, los enemigos de la casa de Borbon de los súbditos fieles, y ver producirse á la luz del dia aquellas enemistades hipócritas, que ocultaban en la sombra la mano de donde partian todos los golpes dirigidos contra la dinastía. Pero la humanidad real se horrorizó de la efusion de sangre, y se quiso mejor evitar el complot, que tener que reprimirle. Cuando estuvieron tomadas todas las medidas y efectuados los arrestos necesarios, la cuestion de humanidad venció tambien á la de política. Los principales adversarios de la casa de Borbon estaban comprometidos en la conspiracion del 19 de agosto. Había una lista á cuya cabeza se leían los nombres de M. Lafayette y de muchos altos personajes cuya oposicion ardiente á la autoridad real legitima, era conocida. No faltaban indicios para establecer su complicidad. Era necesario decidir si sus nombres serian comprendidos en el acta de acusacion. La clemencia real se extendió sobre ellos, esperando que su porvenir sería reconocido á lo pasado: se acordó de que aquellos hombres, culpables en su vida política, eran honrados en su vida privada, y quiso ahorrar á la ciudad un dolor que había sentido vivamente, y á sus familias una desolacion. Respecto á los demas acusados, en lugar de someter el negocio á los consejos de guerra, cuya justicia pronta é inexorable, corre mas bien que marcha, se prefirió la jurisdiccion de la cámara de los pares, que juzgaria con la moderacion de un alto tribunal político. Así la clemencia real se mostraba la misma en donde parecia esgrimir la espada de la justicia.

Por esa ley natural de los espíritus á la cual hemos hecho alusion, las tentativas de crímenes individuales marchaban á la par con las agitaciones públicas. La Duquesa de Berry estaba sobre todo es-

puesta á las maquinaciones de aquellos hombres exaltados por el espíritu de partido. El príncipe á quien lloraba, la escribía, como se ha visto en una de sus cartas que precedieron á su llegada á Francia; «vos sois el terror de los facciosos.» Ella se habia hecho en aquella época el punto de sus ataques, porque sabian que llevaba en su seno el porvenir de la casa de Borbon.

En los primeros meses de su embarazo colocaron debajo de sus ventanas una especie de bomba, esperando, sin duda que el terror que la causaria la detonacion, ocasionaria un aborto. La Duquesa de Berry al oír estallar el petardo, dijo con la mayor serenidad. «Ellos querrian asustarme, pero no lo conseguirán.»

Poco tiempo despues se renovó la misma tentativa. La policia estaba vigilante desde la última explosion; uno de los dependientes encargados de la vigilancia del Palacio, vió hácia la media noche aproximarse un hombre á la puerta inmediata á las habitaciones de la Duquesa de Berry; y depositar allí un paquete, sobre el cual dirigia un cigarró encendido. Inmediatamente los inspectores y los gendarmes se arrojaron sobre aquel hombre al mismo tiempo que uno de ellos cogió el petardo, y apagó la mecha que ya estaba encendida. El mayor general de servicio interrogó al culpable, que declaró llamarse Gravier; y en la instruccion de la sumaria se descubrió que tenia otro cómplice llamado Bouton.

En medio de todas estas tentativas, la confianza de la Duquesa de Berry era completa: cuanto más se aproximaba al término de su preñez, con mas seguridad anunciaba que iba á dar á luz un príncipe. Hácia el mes de mayo habia tenido un sueño que la habia llamado extraordinariamente la atencion, y

que refirió al levantarse á las personas de su servidumbre: «Esta noche, les dijo, estaba yo en el Eliseo; tenia de la mano á mis dos hijos, mi hija y un jóven príncipe: en seguida ví distintamente á san Luis, que aparentaba querer cubrir con su manto real á *Mademoiselle*; presentéle entonces mi hijo, y el santo rey nos envolvió á todos tres en su manto, nos bendijo, y coronó á mis hijos.»

Este presentimiento de su corazon, que se habia hecho casi una certidumbre para su razon, la sostenia en medio de todas las pruebas, y la daba la confianza de que nada de cuanto intentasen los enemigos de la casa real contra ella, durante su embarazo, podia prevalecer. Se la hacia presente un día que debia serla penoso atravesar la multitud para ir á respirar el aire libre sobre el terraplén de la orilla del agua, añadiendo que llegaria mas cómodamente al fin de su paseo por los subterráneos que comunican con el terraplén desde el palacio: «No quiero, respondió, porque creerian que tengo miedo.» Cuando supo la revolucion de Nápoles, despues del primer momento dedicado al dolor, se la habia oído esclamarse: «Es sensible, pero los sucesos pueden cambiar; además, yo llevo en mi seno un príncipe, que podrá restablecer en Nápoles el trono de mi familia.»

La Francia presentaba en aquella época un extraño espectáculo. Por una parte, un partido ardiente se agitaba con violencia, y parecia apresurarse á anonadar la casa de Borbon, como si hubiese previsto un acontecimiento que debia desconcertar todas sus maquinaciones, y dilatar, á lo menos á un término lejano, el suceso de sus largos manejos. Estos eran las conmociones de las cámaras y de las plazas públicas, complots de los cuarteles, publicaciones odiosas y tentativas de asesinatos. Por otra parte ha-

bia al través de todas estas agitaciones, una Francia fiel que llena de confianza en un porvenir amenazado de tantos peligros, y en cuya marcha cada día se encontraba una nueva emboscada, esperaba con seguridad un acontecimiento que parecía deber la providencia á los nietos de San Luis.

El nacimiento de un príncipe era ya casi una realidad, cuando no era aun mas que una esperanza. Habiendo anunciado el rey Luis XVIII que si la Duquesa de Berry daba á luz un príncipe, llevaria el nombre de duque de Burdeos, los mercados de aquella buena ciudad del mediodía, no enviaron una diputacion á las Tullerías para dar las gracias al rey por el honor hecho á su ciudad, y felicitar á la Duquesa de Berry?

La princesa recibió con una graciosa benevolencia aquella diputacion popular que fué acogida del mismo modo por el resto de la familia real. Madama Aniche, presidenta de la diputacion, arengó con aquella vivacidad espiritual, particular á nuestras provincias meridionales, al rey y á la Duquesa de Berry. Las mugeres del mercado de Burdeos, admitidas con ella á la presencia de la princesa, la presentaron *oun brés* (una cuna) ricamente adornada, y exclamaron todas á una voz: «He ahí para acostar á nuestro príncipe, nosotras lavaremos *sus pernos* (sus pañales) y nuestros hombres vigilarán para que los jacobinos no le impidan dormir.»

Si la princesa hubiese querido acceder á las instancias de la diputacion bourdelesa, habria ido á verificar su parto en Burdeos. Aquellas excelentes mugeres la repetian que no estaba segura en medio de una poblacion agitada por tantas turbulencias. No era justo además que el tierno duque naciese en la capital de su ducado?

De este modo la confianza era generalmente la misma. No se queria admitir que la providencia pudiese frustrar las esperanzas, y no escuchar los votos de todo un reino. En tanto que las mugeres de Burdeos presentaban la cuna donde debia ser colocado el hijo de su esperanza, de Bearne llegaba la cancion que cantó Juana de Albret en el momento de su alumbramiento, á *nouste dame d'ou cap d'ou poun* (1) á nuestra Señora de la cabeza del puente; y acompañaba á este envió una cabeza de ajo hermana de la que sirvió para frotar los labios varoniles, de aquel otro hijo de las montañas del Bearne, que debia ser Enrique IV.

La botella de vino de Juranzon no habia sido olvidada tampoco. Se reproducia aquella idea de Enrique IV con una complacencia que tenia alguna cosa de notable. Parecia que todo el mundo comprendiese, unos por instinto, y otros por inteligencia de

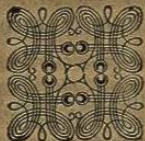
- (1) He aquí el cántico de Juana d' Albret.
Nouste-dame d' ou cap d' ou poun,
Adyudat-me á daquest hore,
Pregats á daquest Dioü d' ou ceou
Qu'em bouille be delioüra leü
D' u maynat qu' am asio l' ou douu:
Touts d' inqu' aü haut d' ous mouuts l' implore.
Nonste-dame d' ou cap d' ou poun,
Adyudat-me á daquest hore.

Traduccion literal.

Nuestra señora del Puente
socorredme en esta hora!
rogad al Dios que está en el cielo,
me saque pronto de ella:
que me conceda un hijo;
hasta la cima de las montañas lo implora:
nuestra señora del Puente
socorredme en esta hora!

la situación, que el príncipe que iba á nacer encontraría luchas civiles que apaciguar, obstáculos que vencer, peligros que superar, una época de turbulencias y de pasiones políticas que cerrar. La imaginación pública proveía á las necesidades de la Francia.

El nacimiento de un Enrique IV le parecía probable, porque el genio de un Enrique IV le era necesario.



LIBRO TERCERO.

Noche del 29 de setiembre.—Nacimiento de monseñor el duque de Burdeos.—El mariscal duque de Albafera, testigo nombrado por el rey.—Valor de la duquesa de Berry.—M. M. Lainé, Paingé, Dauphinot, Triozon, guardias nacionales, ven el niño antes de separarle de su madre.—La familia real viene á felicitar á la duquesa.—El rey dá á su sobrina un ramillete de diamantes.—La escena del nacimiento de Enrique IV en las Tullerías.—Los veinte y cuatro cañonazos.—La iluminacion del cuartel de Guardias.—La calle de Rivoli á las seis de la mañana.—El ejército hace su primera visita al duque de Burdeos.—Palabras de varios soldados.—Respuestas de la princesa.—El duque de Orleans en las Tullerías.—Palabras del rey al pueblo.—La duquesa de Berry se presenta al pueblo teniendo á su hijo en sus brazos.—El mejor de los calmantes.—Promociones del cordon azul.—Poesías.—Recompensas.—Discurso del Nuncio en nombre del cuerpo diplomático.—El hijo de la Europa.—Varias respuestas de la duquesa de Berry.—Su carta al rey pidiendo el indulto de Gravier y de Bouton.

Puede decirse que la Francia estuvo en pena mientras duró el embarazo de la duquesa de Berry. La violenta situación que se ha descrito, solo terminó el 29 de setiembre. Hasta entonces la revolución esperó resolver en ventaja suya el problema político sentado entre ella y el gobierno real. Despues del 29 de setiembre fué asunto concluido. La providencia habia enviado una solucion favorable á la monarquía.

Era el 28 de setiembre. Estaban tomadas todas las disposiciones, y no se habia omitido precaucion